

Escenario político brasileño y participación: el uso potencial de las tecnologías para la acción colectiva

[Brazilian political landscape and participation: potential use of technologies for collective action]

REVISTA
compolítica

revista compolítica

2019, vol. 9(2)

compolitica.org/revista

ISSN: 2236-4781

DOI: 10.21878/compolitica.2019.9.2.281

 Open Access Journal

Entrevista con Francisco Sierra Caballero

Interview with Francisco Sierra Caballero

Aline Cristina Camargo

Universidade Estadual Paulista Júlio de
Mesquita Filho (Unesp)
[São Paulo State University]

Escenario político brasileño y participación: el uso potencial de las tecnologías para la acción colectiva

Aline Cristina CAMARGO

Aunque las tecnologías están cambiando la forma de hacer política, continuamos con las instituciones del siglo XIX, que ya no tienen capacidad de canalizar de forma real las necesidades de aquellos que representan. Tal escenario genera movilizaciones políticas que buscan una nueva configuración político-social. Al mismo tiempo, a las márgenes del poder actual, surgen nuevas formas de hacer política, con base en la confianza mutua, en la colaboración y en el establecimiento de derechos de ciudadanía a partir de la cultura participativa.

En este escenario, las tecnologías sociales, descentralizadas y abiertas, actúan como herramientas de inclusión, educación y participación y hay un movimiento de apropiación de tecnologías para la acción colectiva. Así, hay nuevas formas de acción colectiva con infraestructura de movilización del ciudadano que transforma la indignación en insurgencia.

El siglo XXI presenta la política aislada de la sociedad. Líderes tradicionales, partidos políticos e instituciones públicas sufren una crisis de legitimidad y credibilidad. La apatía, falta de interés en la cuestión política, caída en el número de asistencia electoral y baja adhesión a partidos electorales y sindicatos, por ejemplo, son algunas de las consecuencias de la actual situación del país.

Si por un lado hay indicios de desconfianza en las instituciones políticas tradicionales, por otro, existe la proliferación de formas no convencionales de participación, marcadas por la ciudadanía informada y la acción colectiva. Algunos movimientos, como el #VemPraRua brasileño, el # YaMeCansé mexicano y el YYUI, de los ecuatorianos, son ejemplos de manifestaciones de masa en América Latina. Este escenario es consecuencia de la retirada de las libertades, la calidad de la gobernanza y la reducción de la protección de los derechos civiles y políticos. El éxito de Trump en Estados Unidos, la opción por Brexit en el Reino Unido, el ascenso del Frente Nacional en Francia, el Partido de la Libertad de Austria y, más

recientemente, la elección de Jair Bolsonaro en Brasil son expresiones de ese proceso alrededor del mundo.

Por otro lado, es posible identificar una perspectiva más horizontal de acción política basada en el uso de tecnologías digitales. Aunque el uso de tecnologías digitales está marcado por desigualdades de acceso, es posible identificar nuevas formas de intervención política, por ejemplo, a partir del uso de Internet, presentada como un espacio privilegiado para la participación no convencional. Internet ofrece a los usuarios un conjunto de herramientas y canales de divulgación que son importantes para el activismo y la participación política en el espacio social y también en los medios.

En esta entrevista para la Revista Compolítica, Francisco Sierra Caballero comenta su visión sobre la situación política actual en Brasil, establece relaciones con la política alrededor del mundo, discute el concepto de tecnopolítica y presenta su más reciente libro: "Cultura Digital y democracia participativa" .

Francisco Sierra es Profesor de Teoría de la Comunicación en la Universidad de Sevilla e Investigador en el Instituto Andaluz de Investigación de Comunicación y Cultura (INACOM). Fundador de la Asociación Española de Investigación en Comunicación (AEIC) es actualmente presidente de la Unión Latinoamericana de Economía Política de Información, Comunicación y Cultura (ULEPICC) y de la Asamblea de la Confederación Iberoamericana de Asociaciones Científicas en Comunicación (CONFIBERCOM). (2005-2010), que dirige equipos y proyectos internacionales para la Comisión Europea, es el director del Grupo Interdisciplinario de Estudios en Comunicación, Política y Cambio Social, dirige el Departamento de Periodismo de la Universidad de Sevilla, donde fue decano de la Facultad de Comunicación (2005-2010) liderando equipos y proyectos internacionales para la Comisión Europea, CAPES, CNPq y Plan Nacional de Investigación y Desarrollo de España.

[Entrevista realizada en febrero de 2019 en la Universidad de Sevilla, España]

¿Cuál es su evaluación sobre el escenario político brasileño, a partir de su experiencia como estudioso de Brasil? ¿Cree que hay una crisis de representación, falta conciencia política?

Claramente Brasil, por primera vez en la historia del país, tuvo una política exterior, liderada por el presidente Lula, de integración regional latinoamericana, lo que significa económicamente que Brasil tenía no sólo el liderazgo de los BRICS, y de las nuevas economías emergentes, pero también construyó espacio con Unasur, y, por primera vez, generó escenarios multilaterales frente a la hegemonía casi absoluta en la historia de América Latina de Estados Unidos.

Y fue además, lo que está en disputa no son sólo los recursos estratégicos, como todos pensaban, sobre todo en relación al petróleo, pero también había una disputa en cuestión de la centralidad del dólar con el Banco del Sur y el futuro de las guerras que se vislumbran a corto y largo plazo, que son las guerras por el agua y la Amazonia.

Vemos que no son simbólicas, sino estratégicas, las primeras decisiones tomadas por la dictadura de Bolsonaro.

No veo crisis de legitimidad, lo que hay es una estrategia, que no es nueva, de hecho publicamos en 2016 un libro sobre las guerras de información desde el post Segunda Guerra Mundial hasta hoy, para entender los golpes de Estado. Lo que hubo en Brasil fue un golpe de estado y no una crisis de legitimidad de la presidenta Dilma Rousseff o de los liderazgos del PT y sí un escenario de revertir procesos políticos que electoralmente la derecha y los intereses económicos dominantes no pudieran cambiar de modo alguno.

La verdad es que es un golpe con la agitación y la propaganda de las calles, con estrategias mediáticas, estrategias judiciales. En el documento de Santa Fe, lo que se vio fue la persecución mediática y judicial de líderes políticos progresistas y entonces hay la impresión de una crisis, cuando en realidad se observa un escenario de guerra psicológica y una sensación de crisis económica y política, cuando en realidad lo que vemos es una estrategia concentrada, regional, planificada desde hace bastante tiempo.

En este escenario no hay crisis de representación. Una cosa es cuestionar dónde y cómo los gobiernos de progreso fallaron para no poder frenar esa estrategia regional de Estados Unidos en América Latina. Uno de los factores explicativos históricos es el papel de la clase media, eso está teorizado desde Marx, son sectores que frente a los progresos de las políticas públicas y la movilidad de acceso de sectores populares genera una posición reaccionaria que facilita los golpismos, como fue en 1964 en Brasil, y cómo vuelve a suceder ahora. Este es un sector (clase media) ampliamente movilizado independiente de color de piel, de clase social, variable de género, para apoyar masivamente en las calles esa restauración conservadora, no sólo en el plano político, sino también en el plano moral, de los valores, que tanto ya habíamos avanzado... y ahí sí es necesario un debate sobre políticas culturales, no fue posible cambiar la matriz cultural de la clase media y de algunos sectores populares que están apoyando no sólo electoralmente, sino también en manifestaciones en las calles esa restauración conservadora .

Es verdad que las iglesias evangélicas son muy populares, sobre todo en los sectores más pobres, y que su matriz de valores implica una restauración ideológica que nos remonta a la idea de familia, tradición y propiedad, pero la cuestión es discutir lo que las fuerzas de progreso no han hecho para revertir ese avance significativo de los valores ultraconservadores.

Entonces, sí, hay que hacer una autocrítica. Pero estamos ante un golpe de estado, articulado en Nicaragua, Venezuela y Brasil, como hemos visto, utilizando la misma teoría que justificaba el gobierno de Estados Unidos en la década de 50 para la intervención militar.

No es un escenario nada positivo, porque es una estrategia de intervención militar, y tuvo cierta disensión del ejército brasileño que tiene muy inculcada una tradición nacionalista. Brasil es un país, así como China, Rusia y Estados Unidos, de los más nacionalistas de todo el mundo, pero la hegemonía militar y política bajo el Brasil es de Estados Unidos.

¿Usted cree que los medios de comunicación tienen un papel en este escenario?

Estratégica! El golpe contra Dilma y el proceso de criminalización no habría prosperado.

Es una justificación de la persecución política y judicial mediática, es una construcción mediática, eso está teorizado en los golpes blandos como una tesis que viene del fracaso de la guerra de Vietnam, y la lección que el Ronald Reagan tuvo fue que no se puede ganar una guerra si no hay una auténtica causa moral, es decir, justificar moralmente, por razones de virtud, transparencia y democracia un proceso que en verdad es político: perseguir y eliminar simbólicamente a Lula y restaurar un gobierno de acuerdo con los intereses de las élites. Esto sólo fue posible con la ayuda del monopolio de Globo, con el monopolio local de los medios comunitarios de la iglesia evangélica, por ejemplo.

En Brasil, el impeachment, el golpe de estado no habrían sido posibles sin el uso de los medios, digamos que los medios de comunicación cumplieron una función de ideólogos para generar esos procesos. En el caso de América Latina sabemos que el 80% de la población depende de la televisión como fuente de información, existe el oligopolio, así lo que sucede en México y en Brasil hace que sea posible que golpes como ese triunfen.

En el caso de que se produzca un cambio en las condiciones de vida de las personas que viven en el país, de la imagen de algunos líderes políticos.

Los medios tienen un efecto poderoso, y el golpismo está articulado con los medios. No sólo en Brasil, también en los Estados Unidos. No entenderíamos Trump sin el canal de televisión Fox, no entenderíamos a la extrema derecha estadounidense sin el papel de los medios hiperconcentrados. La emergencia de la extrema derecha, por ejemplo, aquí en Andalucía con el partido VOX no puede ser explicado sin la cobertura de los medios de comunicación.

En Brasil hemos visto senadores y diputados que han sido constantemente reelegidos y que tienen oligopolio de medios locales en sus respectivos estados. Esto a nivel micro, y, sobre todo, a nivel macro, esto explica porque hoy un proceso judicial irregular, en desacuerdo con los Derechos Humanos, puede ser asumido y aceptado por la opinión pública con normalidad, lo que en realidad es una clara violación de Derechos Humanos, no sólo de Lula, sino del estado de derecho en Brasil.

¿Es posible establecer relaciones entre lo que está sucediendo en Brasil y el escenario político de España?

Sí, es un análisis económico y político marxista muy evidente. Estamos, como diría David Harvey, ante un modelo capitalista de acumulación por desposesión, y en ese proceso de la economía financiera sólo se puede conseguir acumulación con procesos especulativos o expropiar a las personas de sus casas. Para ello es necesario establecer políticas de ajustes, no sólo económicos, sino también la criminalización de protestas y movilizaciones. Cuando alguien pierde sus derechos, su trabajo, su casa, evidentemente la persona va a movilizarse. Esto es lo que está sucediendo con la articulación de la extrema derecha, y que ya ocurrió en el período entre guerras, con el ascenso del nazismo y del fascismo. Estamos frente a una nueva forma de fascismo, tenemos que definir aún cuáles son sus características, porque hay algunos elementos nuevos, como en el caso específico de Brasil, el papel de las iglesias evangélicas, aunque es importante recordar que la iglesia católica apoyó el fascismo en España y el nazismo en Alemania, son fuerzas que de alguna manera ya estaban presentes.

También es necesario considerar el papel de los medios de comunicación, que tienen una función de extensión de lo que llaman fascismo social, con los valores de opresión, dominio, explotación. Hay muchos elementos similares. Otro de ellos es el populismo que ha emergido, más aún en los países de América Latina y que en el caso de España vemos con la iniciativa de Podemos.

La verdad es que esos populismos de derecha están presentes en diferentes lugares. En el caso de Italia con el Movimiento 5 Estrellas, en Alemania, e incluso en los países nórdicos, como Suecia, que tiene una tradición social demócrata y progresista, pero que también ha sufrido el avance considerable de las fuerzas de derecha. En todos los casos hay el mismo patrón, pero con algunas especificidades. Hay una tónica en común que es la vulnerabilidad de los derechos sociales, una política de expropiación y desposesión de dinero, recursos y derechos de los sectores populares y una reacción, de un lado popular y alternativo de izquierda cada vez menor y, por otro lado, hegemónica de extrema derecha, tanto en América Latina como en Estados Unidos y también en Europa.

En las fuerzas de progreso también hay similitudes. Tenemos la esperanza en la reconfiguración de las fuerzas de progreso, que evidentemente están en crisis, no tanto por haber hecho un trabajo malo, sino por haber sido desplazadas de algún modo por el ascenso de las fuerzas de extrema derecha, o ultraconservadoras, en respuesta a la crisis.

Entonces veo muchas semejanzas porque la tendencia económica y política es de una economía especulativa y capital rentista. Es un proceso global de crisis del capitalismo, como dice Rosa Luxemburgo, que existe una dicotomía entre el socialismo y la barbarie, y vemos sociedades bárbaras, fascistas, violentas. Y ya estamos viendo eso en Brasil con la homofobia, el racismo, la indistinción entre lo público y lo religioso, y en Europa, con otras modalidades, pero también asistimos al ascenso de la extrema derecha. Y los medios de comunicación no están necesariamente contribuyendo con la defensa de los derechos humanos, los derechos democráticos y los republicanos, sino el contrario.

En Brasil estamos enfrentando una dualidad, por un lado caídas en la comparecencia electoral y en la filiación a partidos y sindicatos, además de la incredulidad en diferentes instituciones. Por otro lado tenemos una proliferación de movimientos en red, como el #vemprarua y más recientemente #viravoto. ¿Cómo evalúa este escenario?

Son tres factores. Uno de ellos puede ser explicado por el discurso utilizado por la extrema derecha para justificar una crisis de legitimidad y, así, derrocar a un gobierno ilegalmente como se hizo con Dilma Rousseff. El problema es que el discurso de la corrupción genera un pensamiento y una cultura cínica, que lleva a la apatía y desmovilización. ¿Hay interés en la desmovilización? A la derecha ya las élites económicas. En todos los países, eso nos dice la sociología electoral, la baja de votos favorece el voto conservador.

Muchos interpretan, por ejemplo, en Andalucía, en las recientes elecciones que tuvimos, que había tenido un crecimiento de los votos a la derecha, pero no es verdad. Lo que ocurrió fue la caída en la participación, en parte debido a la crisis generada por la corrupción y la

desconfianza del público. Y el discurso cínico que genera una aversión a la política, y eso evidentemente favorece a las élites económicas. Que las personas hablen, discutan, cuestionen sus derechos es un problema para el capital, evidentemente los procesos participativos no interesan a la derecha.

Por lo tanto, tiene el factor generacional. Muchos creen que los jóvenes se desvinculan, o que su cultura política no es la de la participación asociativa, partidos y sindicatos. Pero existe una subjetividad política mucho más frágil. Es un sujeto político vinculado con la idea de modernidad neta de Bauman, es decir, sus afiliaciones son dispersas, frágiles, líquidas, pero sí participan de otras maneras ... es imposible pensar el 8M en España, por ejemplo, sin los jóvenes.

Podemos discutir si su cultura política es consistente, contradictoria, frágil, débil, para hacer un proyecto de cambio. Esto puede ser cuestionado. Pero sí, están participando. Los que han participado menos son los mayores, los padres y abuelos de esos jóvenes. Tal vez por la corrupción o por la falta de identificación con las nuevas propuestas políticas.

En el sector más joven hay una nueva cultura política, una nueva forma de ejercer política y participación. Y un movimiento que se da en las redes sociales, en la tecnopolítica. Un ciudadano con gran capacidad de autonomía, muy crítico.

Y ahí entra la tercera cuestión que es el factor del tiempo. Los proyectos políticos necesitan un tiempo, a medio y largo plazo, es un proceso. Para que el PT llegase al poder, por ejemplo, tardó décadas, no sólo por la dimensión del país, sino también por su complejidad cultural, histórica, política. En España sucede lo mismo, aunque menor en dimensión, hay una diversidad territorial, lingüística, cultural e histórica muy complicada.

Pienso que los tiempos para fuerzas como el podemos no fueron bien calibrados. En ningún país una fuerza política recién creada alcanzó el poder democráticamente, eso requiere tiempo. Y el problema de la subjetividad política de los jóvenes es el aquí y ahora, ya, inmediatamente. Y en política es lo contrario, es la mediación. El mediado y no el inmediato. El problema que tenemos con la temporalidad política de las redes sociales, la necesidad de la respuesta inmediata, y el idealismo de que a través del clicativismo, a través de las redes

sociales podemos conseguir todo, simplemente haciendo un post o un tweet. Y ahí se confunden los ritmos de las tecnologías de información. No estamos navegando, estamos naufragando.

Tenemos que pensar que los tiempos de la comunicación son diferentes del tiempo de la política. Y hacer política requiere otra temporalidad, no la de la comunicación o del capitalismo acelerado, esas experiencias son vivificadoras, son muy dinámicas, y permiten que los partidos sean más flexibles o ágiles en respuestas, digamos que la racionalidad burocrática siempre persistió en los partidos y en los gobiernos, no podemos errar los ritmos.

Las tecnologías permiten el uso de plataformas que amplían el espectro político, pero no podemos medir las transformaciones políticas e históricas con el ritmo de las tecnologías, es imposible.

Usted es un estudioso de la participación y del concepto de tecnopolítica. ¿Cree que el uso de las tecnologías y la acción colectiva en red pueden ser herramientas para involucrar a las personas a participar más de las cuestiones políticas?

Tanto el caso del Movimiento Brasil Libre como el 15M y el movimiento Juventud sin futuro son formas tecnopolíticas que lograron lo que antes una asociación de vecinos o un sindicato no logra por ser modelos de organización jerárquica, con herramientas de comunicación verticales y muy centralizadas. En efecto, la tecnopolítica hoy permite procesos mucho más redistributivos, no sólo en la capacidad de comunicación, sino también la capacidad de auto organización e intervención.

Lo que distingue un movimiento social es el código, su repertorio político y cultural. Y eso actualmente está socializado, distribuido a partir de las redes, lo que permite una gran capacidad de intervención, pero del mismo modo una gran capacidad de disolución, del mismo modo y con la misma rapidez. No es el caso del 15M, que es un movimiento que duró

bastante, y que tuvo impacto y generó una renovación política de la izquierda con el Podemos.

Estamos observando que las nuevas tecnologías permiten una gran capacidad de intervención en el territorio, y muchos son los ejemplos, como el movimiento 5 estrellas en Italia, el 15M en España, el Pase Libre en Brasil, de procesos que se articulan en las redes sociales.

En las redes sociales es posible manipular, segmentar, y con la hipótesis del efecto de las burbujas, cada vez entendemos menos el mundo porque estamos cada vez más dominados por el algoritmo, una opacidad creciente. Lo que es una paradoja que vive la sociedad del espectáculo: con la máxima visibilidad y transparencia aparente en la cultura mediática, lo que existe en la verdad es el dominio del secreto. La gente está cada vez más inconsciente de cómo funcionan los algoritmos y cómo nos manipulan a través de las redes. Es evidente que hay una manipulación, como lo que ocurrió en las elecciones de Trump. Y lo que se plantea es un paradigma cuando se compara el uso que Barack Obama hizo de las redes sociales en su elección en 2008, cuando logró derrotar a la derecha desde una lógica de marketing digital. Es verdad que se puede participar, se puede buscar nuevas formas de gobierno y de actuación política de los movimientos sociales, que ya no piensan sus acciones sin considerar la dimensión tecnopolítica, a veces de manera todavía muy reduccionista piensan que usando las redes sociales y haciendo clicativismo van a lograr sus objetivos, y olvidan la dimensión política presencial.

Cuando hablamos en uso y apropiación de las tecnologías para la participación necesitamos considerar que en Brasil cerca de la mitad de la población tiene acceso regular a internet, por ejemplo. ¿Hay un reflejo de las desigualdades sociales en la participación política a partir de las tecnologías?

Es necesario entender la dimensión cualitativa y no sólo cuantitativa de las tecnologías. Aunque una minoría tiene acceso a Internet, esto tiene implicaciones en la vida de quien no tiene acceso. Por ejemplo, en la primavera árabe todos pensaban que era una revolución a través de Internet, y no es verdad. Porque si analizamos qué conectividad tienen las personas en los países árabes donde se dieron las revueltas, se llega a la conclusión de que es un tercio de la población: las élites, las clases ilustradas, la clase media. Son las clases que movilizan, pero eso tiene un efecto que alcanza a los sectores populares que, en este caso, no estaban en internet. Entonces hay un impacto indirecto.

Los clásicos de la sociología funcionalista estadounidense llamaban comunicación en dos etapas, de los medios a los líderes de opinión, y de los líderes al resto de la población. El escenario árabe estaba organizado en la lógica de derrocar a gobiernos incómodos, molestos, como fue el caso de Libia, eso efectivamente tuvo impacto en las élites, los que tienen acceso, y afectó indirectamente a la población que ocupó los espacios públicos en sus movilizaciones y protestas.

El movimiento Passe Livre evidentemente alcanzó una parte de la población con acceso a las redes influenciado por el Whatsapp, a partir de las políticas de acceso a la telefonía móvil. Las personas pueden no tener acceso regular a Internet, pero accede a Whatsapp.

Las tecnologías tienen un papel determinante, pero no podemos hacer una relación automática entre conectividad y acceso a la cultura digital, ni cuantitativamente, es un criterio cualitativo.

Su libro más reciente "Cultura digital y democracia participativa" aborda casos de uso de tecnologías para la participación. ¿Puede contarnos cuál fue el objetivo del libro y cuáles textos reúne?

El libro es un trabajo colectivo del grupo I + D Cibermov - ciberativismo y movimientos urbanos. Estamos estudiando varias cuestiones de cómo los movimientos sociales se están

organizando para la intervención política, para la lucha y la transformación. ¿Cuestionamos qué cultura política se traduce en la ciudadanía digital, qué tipo de imaginario, de subjetividad y de acciones desarrollan ese sujeto que participa de la vida pública a partir de las redes sociales?

Y también abordamos los modelos de organización de democracia participativa. Y no sólo en España, estamos trabajando en Chile, Brasil, Italia, Portugal. Hay estudios de varios países.

Este libro tiene el objetivo de analizar experiencias locales para luego hacer comparaciones sobre qué pautas se manifiestan, las técnicas utilizadas, si los usos son similares y qué tipos de prácticas y cultura política se desarrollan. A partir de análisis locales intentamos teorizar y comparar esas realidades que se discuten en todo el mundo.

Y van a salir otros libros que abordan esta realidad en otros espacios. Intentamos teorizar el concepto de democracia participativa en la era de Internet y también discutir los estudios de caso, qué lecciones podemos tener a partir de eso. En México, por ejemplo, hay candidatos políticos elegidos que tuvieron como estrategia de campaña el uso de las redes sociales, proyectos de gestión cultural vinculados al uso de internet en comunidades de Puebla, México, en fin varias experiencias y análisis que pueden servir al lector a que es una tendencia general, no tanto porque Internet es la única forma, sino porque la sociedad camina hacia un modelo de organización cada vez más autónomo, y esa es la realidad del movimiento trabajador desde el siglo XIX, pero hoy con las herramientas disponibles el debate tiene que ver con formas más autogeneradas, más descentralizadas y más participativas.

La crisis del estado de bienestar no ocurre sólo porque el capital financiero ha sacado derechos, sino también porque la gestión burocrática o tecnocrática del estado social de derecho no ha considerado al sujeto. El sujeto que consume, que cuestiona un restaurante o una tienda online también cuestiona en el ámbito público, en el ámbito de los derechos sociales y políticos. El sujeto toma la palabra y quiere ejercerla.

No es la Internet que va a transformar la democracia, hay un largo trayecto de autogestión recorrido desde el movimiento trabajador hasta los días de hoy y en esa realidad debemos pensar: ¿Cómo, a partir de las tecnologías, se están desarrollando esas experiencias? Entonces estamos mapeando estudios de caso en toda América Latina y Europa y ese es uno de los libros, pronto saldrán otros.

¿Cómo evalúa la postura de la comunidad académica en relación a la situación política vivida hoy en Brasil?

Yo creo que tiene dos tipos de académicos. Siempre existió, no? Así como en España: aquellos que pertenecen a la academia y aquellos que siempre estuvieron con un pie en la academia y otro pie en la realidad social, o sea, la figura del intelectual orgánico de Gramsci, o el intelectual comprometido con su tiempo, con su realidad. En los años 80 y 90 hubo una pérdida de ese académico que también está comprometido con los derechos sociales, con los derechos humanos, y cada vez es más escaso, tanto en América Latina y en Europa.

Me sorprende que colegas, durante el proceso de impeachment de Dilma, actuaban como si aquello no los afecte, como si no tuvieran nada que ver con eso. Me sorprendió mucho, porque conozco muy bien Brasil, trabajo con diferentes universidades, y la clase de los académicos es una clase privilegiada, muy bien remunerada si se compara con el nivel de vida en Brasil, o si comparamos incluso con el nivel de vida en España, y permanecían ajenos a lo que ocurría en el país. Y sólo una minoría de intelectuales académicos estaba comprometida denunciando lo que ocurría. Y ahora todos tienen las consecuencias de recortes en el área de la Educación y una incertidumbre en relación a la política científica. En el caso de Dilma, no era un problema contra Dilma, era un problema de revertir los derechos sociales, culturales y políticos que se adquirieron con muchas de ellas, décadas de lucha de las fuerzas progresistas en el país.

Lo que está en juego es incluso el derecho a aprender, el derecho a tener educación, a tener la cultura, es lo que se ve con la disolución de ministerios. Ya se esperaba que a partir del golpe íbamos a seguir esa dirección, porque el capital financiero contrata y paga para generar

valor, no importa si la sociedad es inculta y no tiene acceso a la educación superior, éste no es un objetivo del capital.

Las luchas del movimiento popular lograron que la educación fuera política de Estado, que el estado social de derecho reconocía la universalidad de la educación como derecho. Creo que los académicos están reaccionando mal y tarde, la mayoría, hay otros que sí están comprometidos, que se han movilizado y denunciado.

Creo que lo que Brasil está enfrentando puede hacer que las élites académicas piensen de otro modo, porque ya están sufriendo las consecuencias, no sólo el corte de recursos, sino también la inviabilidad de sus instituciones de enseñanza superior.

La autora

Aline Cristina Camargo es periodista, tiene maestría en Comunicación y es estudiante de doctorado en el Programa de Postgrado en Medios y Tecnología UNESP/Bauru. Es becaria de CAPES y trabaja como profesora en el Departamento de Comunicación Social de la UNESP. Correo electrónico: aline.c.camargo@unesp.br

